



«Me alegraré que al recibo de éstas»

QUINIENTOS AÑOS
ESCRIBIENDO CARTAS



MUSEO DE
LA BIBLIOTECA NACIONAL

Sala de las Musas

Del 27 de marzo

al 17 de junio de 2012





INTRODUCCIÓN

Aunque las cartas no siempre son portadoras de buenas noticias, la esperanza de que así ocurra es un tópico que se repite en el saludo con el que suelen comenzar muchas de ellas a lo largo de los siglos. Quien escribe espera siempre que el destinatario se encuentre bien. Después de todo, como dijeron los clásicos, cada carta no es más que un diálogo o conversación entre ausentes, allí donde las circunstancias requieren de un puente de papel: una guerra, la marcha a otro país en busca de mejor fortuna, un viaje de estudios o de placer, una misión diplomática, el retiro en un convento o el confinamiento en una prisión.

Por eso, la historia de la carta es casi tan antigua como la de la misma escritura. Nacida ésta para guardar registro de cosechas y raciones, para honrar la memoria de los muertos o implorar la protección de los dioses, al poco de formalizarse en una tablilla de arcilla o en un fragmento de papiro ya sirvió para intercambiar órdenes, informaciones, experiencias y sentimientos. No faltan vestigios de esto en las culturas del Próximo Oriente Antiguo, sea en las más de trescientas tablillas que contienen la correspondencia girada entre los monarcas egipcios y sus homólogos babilonios, asirios, mitanos o hititas, encontrada en el Archivo Real de El-Amarna, o en las cartas de los mercaderes asirios de Kanesh, del II milenio antes de nuestra era. Con todo, fue en la Grecia helenística cuando la práctica epistolar empezó a formalizarse, como también son de aquella época y del período romano los primeros testimonios de cartas cruzadas entre padres, tutores y estudiantes.

Aquellos mimbres se fueron asentando y tomando cuerpo. Los romanos contribuyeron a ello de manera decisiva por medio de autores como Horacio, Séneca y, sobre todo, Cicerón, cuyo epistolario, obra de suceso también en la Edad Moderna, es referencia obligada en cualquier ensayo sobre materia epistolar. En sus cartas familiares se mostraron los principios del género y se perfiló una estructura tan visible como sostenida en el tiempo. Conocedora de la escritura como ninguna otra de las sociedades antiguas, fue también en Roma cuando se empezó a hacer uso de la carta en una cotidianeidad tan genuina como la que atestiguan las seiscientas tablillas de madera

escritas en tinta halladas en el campamento militar de Vindolanda (Britania), fechadas en el mismo final del siglo I que vio nacer el códice o disfrutó de la masiva presencia de la escritura callejera en rótulos electorales y grafitis.

El hallazgo de Vindolanda no sólo es relevante por su magnitud, sino especialmente porque nos habla de la importancia de la escritura en la vida diaria, ya sea en los asuntos propios de un emplazamiento militar o en la administración de una hacienda, como se atisba también, siglos después, en una epístola de Faustino a Paulo escrita sobre pizarra, datada entre finales del siglo VI y principios del VII.

En aquel entonces, la escritura estaba restringida a los medios eclesiásticos y a la nobleza. Fue con los nuevos aires que recorrieron Europa a partir del siglo XI y la mayor alfabetización de la tardía Edad Media, cuando comenzaron a ser más habituales e intensos tanto los intercambios epistolares de carácter diplomático como los que se produjeron entre gentes de distinta condición, sobre todo entre los miembros de las aristocracias urbanas y los mercaderes más ambiciosos, según testimonia, para éstos, el amplio acervo del comerciante toscano Francesco Datini, en cuyo archivo, en la ciudad de Prato (Italia), se custodian ingentes cartapacios tanto de su correspondencia mercantil como privada.

En esa época se sentaron las bases de lo que podríamos considerar una efectiva «civilización epistolar», la que se construyó entre los siglos XVI y XVIII, donde arranca precisamente esta muestra. Contribuyó a ello el aumento de la alfabetización, pese a que todavía la mayor parte de la población no sabía escribir; la implantación social de la escritura, cuya lógica cautivó tanto a las instancias del gobierno como a los particulares; la organización del correo, al principio monopolio de la familia Tassis y luego renta real; la extensa producción de manuales y tratados epistolares, manuscritos y, fundamentalmente, impresos; y, por supuesto, los desplazamientos de población acarreados por las guerras o el sueño americano. Hoy, que vivimos en un mundo tan globalizado, cada día parece más asentado que aquellos desplazamientos de la temprana Edad Moderna fueron de algún modo la primera mundialización en la historia.



Desde tierras tan alejadas, las cartas se hicieron necesarias para mantenerse en contacto con los familiares dejados en la Península, lo mismo que monjas y religiosos vieron en ellas el bálsamo para soportar la soledad de los conventos.

Para hacer que la escritura de cartas fuera más democrática, faltaba tan sólo que el alfabetismo creciera más al abrigo de la escuela pública, las bibliotecas populares y la difusión masiva del libro. Este nuevo contexto empezó a gestarse en la segunda mitad del siglo XIX, al tiempo que el correo se convirtió en un servicio público con reparto diario en todos los ayuntamientos de España, las infraestructuras de comunicación ganaron en rapidez (primero con el tren y, a principios del siglo XX, con la posta aérea) y la industria papelerera puso a disposición de letraheridos y gente común un rico surtido de papeles de carta (rayados, membretados, enlutados o de fantasía), más lo que supuso la aparición del sobre, del sello (Inglaterra, 1839) y de la tarjeta postal (1871). No extraña, por tanto, que en el curso de unas décadas, el número de cartas por habitante pasara en nuestro país, de 3 en 1860 a casi 7 en 1900 y a 11 en 1931.

El rango que la carta estaba asumiendo en la extensión de la comunicación escrita durante el tercio final del siglo XIX supo captarlo muy bien el pintor soriano Maximino Peña Muñoz en su obra *La carta del hijo ausente* (1881), depositada en el Museo de Zaragoza, donde representa la llegada de una misiva a una familia campesina. El padre y la madre se muestran incapaces de leerla, pero no así uno de los hijos, en cuya figura el artista habría sintetizado a los principales

beneficiarios del impulso educativo del período. El autor, además, vivió parte de su infancia en Argentina, de modo que también tuvo la oportunidad de conocer en persona la alianza sellada entre la comunicación postal y la emigración. Las grandes migraciones —especialmente transatlánticas—, el servicio militar obligatorio y los conflictos bélicos —en particular las guerras mundiales y la Guerra Civil en el caso de España, más sus secuelas represivas— fueron los acontecimientos desencadenantes del *boom* epistolar que arranca en el tercio final del XIX y se refuerza a lo largo del Novecientos, hasta su reciente transfiguración en el correo electrónico.

Es indiscutible que cada vez escribimos menos cartas a mano, pero también lo es que cada segundo recorre el mundo la escandalosa cifra de 3,4 millones de *e-mails*, 300.000 millones al día. Puede decirse que éstos no son exactamente iguales a las cartas de antaño. Han perdido la consistencia material de éstas, salvo que los imprimamos y conservemos en un remedo de copiador de cartas, pero a la vez respetan algunas de las convenciones observadas en otras épocas, a pesar de que suelen escribirse de forma más inmediata y menos ceremoniosa, o de que se envíen sin necesidad de desplazarse hasta un buzón. Al fin y a la postre, los correos electrónicos no dejan de ser una forma más de «mensajería que se envía al ausente por escrito en cualquier materia que sea», que justamente es la definición de carta que podemos leer en el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Sebastián de Covarrubias de 1611. Ya lo dijo Lampedusa: «Algo debe cambiar para que todo siga igual».





MUCHAS CARTAS TENGO ESCRITAS

[...] Porque no he tenido lugar de escrever, que yo doi a Dios tantas cartas como cada ora y momento reçibo, sin tener otro descanso sino solamente oyr la missa y todo el día escrever y escrever cartas.

COD estas palabras se lamentaba del tiempo que dedicaba cada día a atender su abundante correspondencia el banquero Andrés Ruiz en una misiva enviada desde Nantes a su hermano Simón en octubre de 1576. Escribir cartas se había convertido en la Edad Moderna en una práctica habitual, pues eran cada vez más las personas que se veían obligadas a empuñar la pluma y a enfrentarse a su redacción. Son dos los principales motivos que explican el auge y extensión social que alcanzó la escritura epistolar en los siglos XVI y XVII: por un lado, el aumento del alfabetismo en una sociedad en la que se advertía la progresiva influencia de lo escrito; y, por otro, la mayor movilidad a la que se encontraban sometidas las gentes de aquella época. Fenómenos como las continuas guerras o la emigración hacia los territorios recién descubiertos habían interpuesto una mayor distancia entre los seres queridos. La carta, definida desde la Antigüedad como una «conversación entre ausentes», se erigió entonces en el único remedio para hacer frente a la separación y mantener el contacto con familiares y amigos.

Resulta incalculable el volumen de misivas que cruzaron en apenas tres siglos el Atlántico, trayendo y llevando noticias procedentes de una y otra orilla. Desde América, muchas de las cartas expresaban el desencanto y la sensación de fracaso ante las duras condiciones de vida. Desde la Península, por el contrario, se transmitían las novedades producidas en el seno familiar, la preocupación por el pariente ausente y con frecuencia también las quejas acerca de la precariedad económica, que se había agravado aún más con su partida.

En un mundo que había visto ampliados sus límites conocidos, la escritura epistolar pasó a ser un engranaje esencial dentro de la compleja maquinaria burocrática del Estado. Se había vuelto ya imposible gobernar prescindiendo de las cartas, fieles mensajeras que hacían llegar las órdenes de reyes y señores incluso hasta las regiones más recónditas, asegurándose así de su cumplimiento por parte de todos los súbditos y vasallos, con independencia del lugar en el que residieran, y permitiéndoles, además, estar puntualmente informados de cuanto sucediera en sus dominios.

Misivas que traspasaban fronteras y con las que viajaban noticias de otros estados, enemigos o aliados, jugando de este modo un destacado papel en las relaciones diplomáticas, por lo que no era extraño que las palabras trazadas en una carta influyeran en una decisión o cambiaran el curso de los acontecimientos. Asuntos de extrema importancia se confiaban, no sin temor, al papel, corriendo el peligro de que personas no autorizadas pudieran enterarse de su contenido. Hubo, pues, que idear sistemas de cifrado que impidieran que las cartas interceptadas fueran leídas, unos métodos que se conocían desde tiempos pretéritos y que se fueron perfeccionando a lo largo de los siglos para asegurar la absoluta confidencialidad de la correspondencia.

Si las cartas tenían el poder de salvar distancias, eran también capaces de traspasar muros. La escritura epistolar no fue extraña a los hombres y mujeres que consagraron su vida a Dios, reclusos en el interior de monasterios y conventos. A través de las cartas, monjas como Santa Teresa pudieron dialogar con los personajes más importantes de su época, reyes y reinas, así como con otros miembros de la Iglesia, incluso de las más altas jerarquías eclesiásticas, ofreciéndoles sus sabios consejos sobre las más diversas cuestiones políticas y morales.

Sin duda, en la Edad Moderna la cárcel fue también uno de los ámbitos en los que mejor se puso de manifiesto la apremiante necesidad de la escritura epistolar. Escribir y recibir cartas creaba en los prisioneros una cierta ilusión de libertad, aunque para disfrutar de esa comunicación con el exterior tuvieran que vencer los obstáculos impuestos al ejercicio de la escritura, desde el racionamiento del papel y de la tinta hasta la existencia de una censura previa a la salida y entrada de misivas, que agudizaron el ingenio de quienes sufrieron cautiverio.

A escribir y escribir cartas, con mayor o menor intensidad que Andrés Ruiz, se dedicaron unos y otros, ya fuera desde la celda de un convento o de una prisión, desde gabinetes y escritorios, desde palacios o casas de condición más humilde, poniendo en circulación un espectacular número de misivas, que en un incesante ir y venir, fueron conquistando nuevos espacios y funciones, haciendo de la Edad Moderna una cultura eminentemente epistolar.



[1] Carta de Santa Teresa de Jesús a Dña. Isabel de Osorio.

Toledo, 8 de abril de 1580

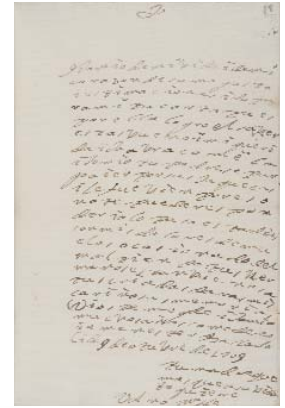
[Manuscrito]

Mss/23197/12

[2] Cartas de la Marquesa de Tavera a su hijo 1709-1711

[Manuscrito]

Mss/11190



[1]

[2]

[3] Carta cifrada de don Juan José de Austria San Lorenzo de El Escorial, 23 de octubre de 1677

[Manuscrito]

Mss/2415.f.73-74



[3]

[4] Cifra, contracifra, antigua y moderna

Tomás Tamayo de Vargas

S. XVII

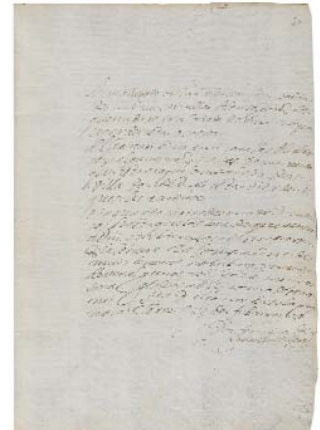
[Manuscrito]

Mss/8940

[5] Cartas que don Francisco de Quevedo escribió a don Sancho de Sandoval 1635-1645

[Manuscrito]

Mss/21883



[4]

[5]



- [6] Cartas de D. Juan Manuel Fernández de Palazuelos a D. Bernardo de Iriarte sobre el gobierno de Indias 1789-1796 [Manuscrito] Mss/22083/3



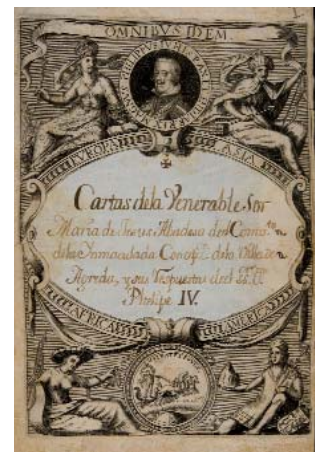
[6]

- [7] *Cartas de la Gloriosa Madre Santa Teresa de Jesús* Zaragoza : Diego Dormer, 1658 [Texto impreso] R2/8283 V.1



[7]

- [8] Cartas de la Venerable Sor María de Jesús, abadesa del convento de la Inmaculada Concepción de la villa de Ágreda, y sus respuestas del Señor don Felipe IV S. XVIII [Manuscrito] Mss/4316



[8]

- [9] Correspondencia familiar de la Casa del Infantado 1583-1704 [Manuscrito] Mss/11157



[9]

- [10] Carta en latín del infante Don Luis a Felipe V, su padre, dándole cuenta del progreso de sus estudios 22 de noviembre de 1716 [Manuscrito] Mss/7863



[10]

ED una de las cartas autógrafas de Leopoldo Alas que se conservan en la Biblioteca Nacional de España, en concreto la que dirigió a Salvador Rueda desde Oviedo el día 26 de enero de 1887, *Clarín* animaba al escritor y poeta malagueño a que perseverara en su idea de la literatura por encima del mal humor que le producía la ligereza con que la entendían otros. Recordándole su juventud, le alentaba también a olvidarse de cuanto le rodeara, «para oír las voces interiores que de fijo le hablarán de entusiasmo, fe, actividad y ambición legítima de gloria». De ahí pasaba a recomendarle que se tomara en serio la curación de sus «nervios», algo en lo que el autor de *La Regenta*, enredado por entonces en la inconclusa *Esperaindeo*, tenía alguna experiencia.

Diálogos como éste son habituales en los intercambios epistolares de la llamada *República de las Letras*, es decir, de esa ancha familia formada por escritores, artistas, intelectuales y algún que otro «erudito a la violeta», hombres y mujeres, según las épocas y las coyunturas. Ciertamente no faltan muestras de ello en el milenarior devenir de la epístola, pero el verdadero despliegue de esta modalidad debe mucho al afán de los humanistas y al emerger de la figura del autor en los tiempos del Barroco. Durante los siglos XVI y XVII fueron notables los carteos de gentes tan cultas como Erasmo de Rotterdam, Luis Vives, Benito Arias Montano, Vicente Nogueira, el jesuita Antonio Vieira o el mismo Francisco de Quevedo. En estos y en otros como ellos se fue cimentado una manera de escribir cartas con el propósito, al decir del maestro Vives, de «transmitir a los otros las propias ideas y pensamientos», que tuvo su continuidad en los epistolarios

ilustrados de Madame de Sévigné, Mayans, Feijoo o Cadalso, entre otros, antes de convertirse en pieza central de las letras contemporáneas, época en la que se hizo más notoria la incorporación de la mujer al mundo de la literatura. Nombres como los de Carolina Coronado, Emilia Pardo Bazán, Fernán Caballero o Rosalía de Castro, junto a sus coetáneos Zorrilla, Valle Inclán, *Azorín*, Pérez Galdós o Bécquer dan fe de una afición muy arraigada en las gentes de letras.

En sus cartas se da rienda escrita a esas conversaciones, discusiones, impresiones o sugerencias que, en otros momentos, encontraron su espacio en las academias de los tiempos áureos, en los *clubs* y los salones galantes o en los cafés literarios, éstos más propios de una moda decimonónica que, con sus variantes, incluso ha llegado hasta nuestros días. A través de estas correspondencias podemos adentrarnos en el proceso creativo de muchas obras de la literatura y del pensamiento, en las lecturas de sus autores y autoras, en su mundo de ideas, en sus juicios literarios o, desde el Setecientos en adelante, en las a menudo tensas negociaciones con los editores por una coma mal puesta, la eliminación de algún párrafo o una tipografía inadecuada.

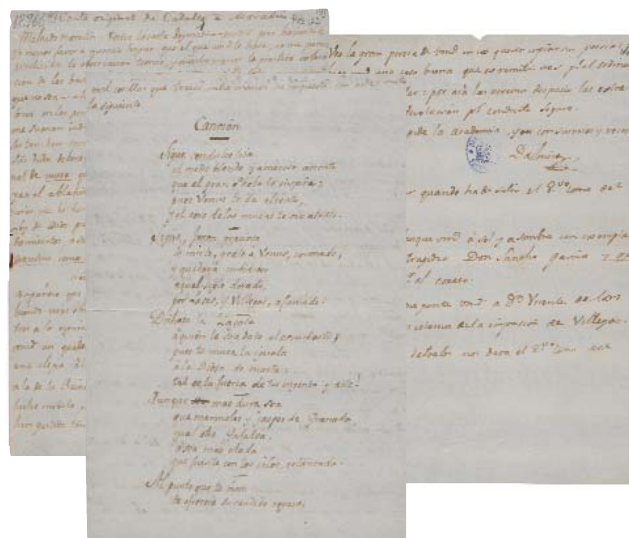
Pero escritores y escritoras son personas de carne y hueso, de suerte que sus correspondencias abundan igualmente en asuntos bastante más mundanos. En ellas han dejado su rastro la enfermedad y la salud, los elogios y las críticas, la admiración y el rechazo, el amor y el odio. En fin, los mismos avatares que goza o sufre cualquier persona a lo largo de su vida.

[11] Carta de José Cadalso a Leandro Fernández de Moratín sobre asuntos literarios

[Salamanca, febrero-marzo 1774]

[Manuscrito]

Res/262/136

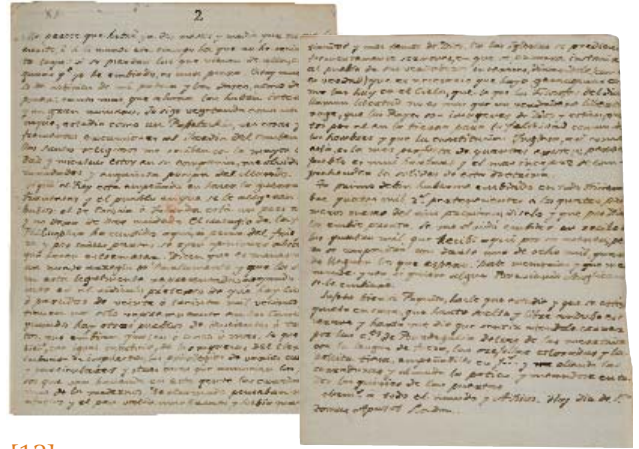


[11]



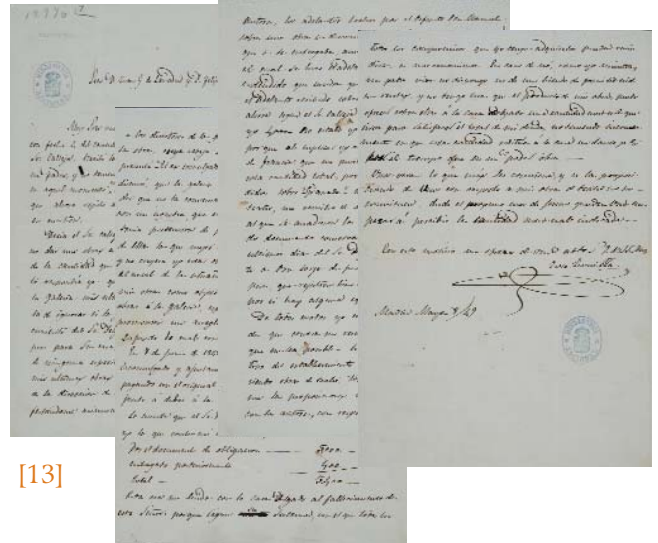


[12] Correspondencia de Leandro Fernández de Moratín
1792-1826
[Manuscrito]
Mss/6405, Carta nº 2



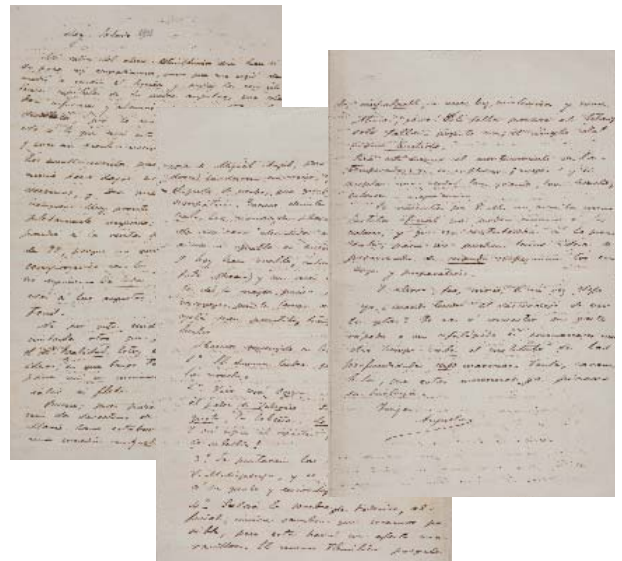
[12]

[13] Carta de José Zorrilla a Juan G. de Lamadrid y a Felipe Calderón, sobre sus diferencias con la editorial Galería Dramática
Madrid, 8 mayo 1849
[Manuscrito]
Mss/12970/7



[13]

[14] Carta de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós
[c. 1889]
[Manuscrito]
Mss/22325/51



[14]





[15] Carta de Fernán Caballero a Juan Bravo Murillo
16 agosto 1872
[Manuscrito]

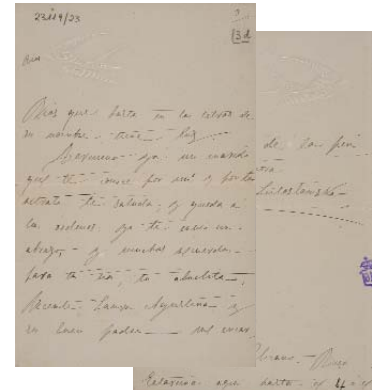
Mss/12976/11

[16] Cartas de Sofía Casanova a Blanca de los Ríos
1887-1898
[Manuscrito]

Mss/23119/23



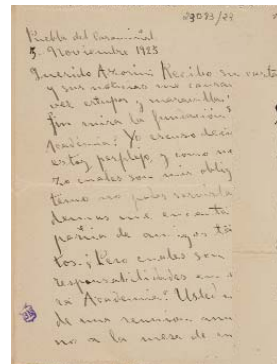
[15]



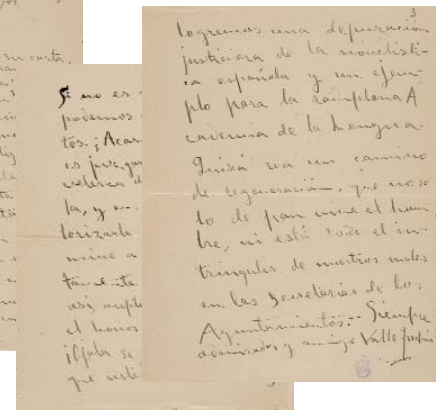
[16]

[17] Carta de Ramón M^a del Valle-Inclán
a José Martínez Ruiz «Azorín»
Puebla del Caramiñal, 5 de noviembre de 1923
[Manuscrito]

Mss/23083/27, Carta n^o2

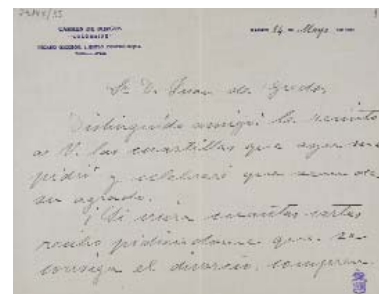


[17]

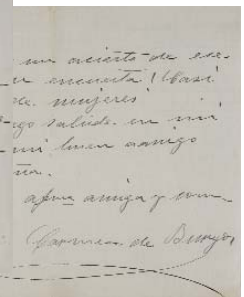


[18] Carta de Carmen Burgos a Juan de Gredos
Madrid, 14 de mayo de 1931
[Manuscrito]

Mss/23148/35

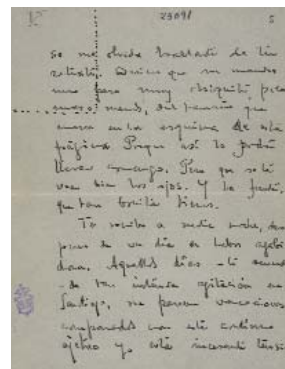


[18]

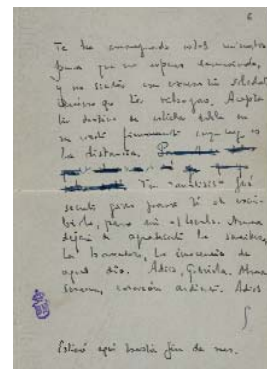


[19] Cartas de Salvador de Madariaga
a Gabriela Hunneus
1935-1957
[Manuscrito]

Mss/23091, Carta n^o 5



[19]



DEL REY ABAJO, TODOS

Con la llegada de la Edad Contemporánea, la correspondencia se convirtió en el medio de comunicación por excelencia. Hombres y mujeres de toda clase, sexo, edad y condición hicieron de la epistolar la práctica de escritura protagonista de su vida cotidiana. Desde los reyes y aristócratas, quienes ya conocían de antaño la potencialidad de la carta como instrumento de gobierno y representación del poder, hasta las clases populares, que ahora necesitaron de la escritura más que nunca para poder gestionar sus asuntos privados, atender las exigencias administrativas constantemente requeridas por el Estado o expresar sus quejas y sus súplicas hacia los poderosos (bien de su propia mano, bien a través de delegados gráficos), todos, sin distinción, tuvieron que dedicar buena parte de las 24 horas de su día a día a escribir y leer cartas en sus despachos, oficinas, talleres, negocios, escuelas u hogares.

Este uso masivo de la carta fue inseparable del generalizado aumento de la alfabetización que tuvo lugar entre mediados del siglo XIX y la primera mitad del XX y que, a pesar de las grandes diferencias existentes entre unos y otros países, llevó a que en Europa se alcanzasen tasas de entre un 60% y un 90% de alfabetizados, reduciéndose considerablemente el analfabetismo de siglos pasados. Mal que bien, prácticamente toda la población fue ya capaz, a partir de este momento, de escribir y de leer, y precisamente la correspondencia, o el uso que de ella hicieron «todos, del rey abajo», fue uno de los indicadores más evidentes de este ingreso masivo de escribientes y lectores en el mundo contemporáneo.

Dicha conquista social de la escritura y de la lectura debió, eso sí, mucho a la escuela. Desde 1850, la obligatoriedad de la Enseñanza Primaria provocó que el número de niños y niñas escolarizados llegara a niveles nunca vistos hasta entonces. Los más pequeños se convirtieron así en las casas más humildes en intermediarios culturales de sus mayores, siendo muchas veces los encargados de despachar, cual secretarios de las gentes de bien, la correspondencia familiar. A ello debe unirse la proliferación de bibliotecas públicas y populares, cuyas estanterías y salas de lectura ofrecieron a muchos la oportunidad de acceder a los libros de forma gratuita y, al tiempo, favorecieron el aprendizaje autónomo y autodidacta de todos aquellos empeñados en adquirir, para aspirar a una vida mejor y más digna, los rudimentos básicos de la escritura y de la lectura.

Por otro lado, la democratización epistolar contemporánea no habría sido tal si no se hubieran producido una serie de circunstancias históricas en este período que hicieron virar bruscamente el rumbo de la historia. La sucesión de emigraciones, guerras, totalitarismos y represiones en los siglos XIX y XX puso en movimiento a millones de personas que se vieron obligadas a servirse de la escritura, especialmente de la epistolar, para superar estos dramáticos y terribles acontecimientos que transformaron sus vidas y sus formas de entender el mundo para siempre. Escribir cartas fue así para emigrantes, soldados o presos, en el marco de estas extraordinarias circunstancias, una terapia capaz de mitigar el dolor de las ausencias, el mejor remedio para mantenerles unidos a sus familias y amigos a pesar de las distancias impuestas, el sostén psicológico para hacer frente y superar las dificultades, además del instrumento por excelencia para salvaguardar su identidad, dejar constancia de lo vivido y transmitirlo a las generaciones venideras. Por eso, es en las cartas que escribieron quienes sufrieron dichos episodios donde mejor reposa la memoria, individual y colectiva, culta y popular, de todos estos fenómenos históricos.

A pesar de su tradición secular y del importante papel que había jugado milenio tras milenio, la carta fue perdiendo progresivamente peso en la vida cotidiana y social, al igual que ocurrió con otras muchas prácticas manuscritas, desde la década de los 60 en adelante. A partir de los años 80, la correspondencia, manuscrita, mecanografiada o teclada, ha pasado a ser una práctica de escritura minoritaria. En nuestra sociedad globalizada y multimediática apenas se escriben o se leen ya cartas, porque lo que se escribe y lo que se lee, en cantidades ingentes, son *e-mails* o *sms*.

Hay quienes consideran a ambos los herederos de la cultura epistolar de antaño. Otros, sin embargo, se resisten a establecer relaciones directas entre estos mensajes, que sólo existen a través de la pantalla, y las cartas, que siempre han sobrevivido a la muerte de los soportes que las han albergado (desde la madera, la pizarra, el barro o la piedra hasta el papiro o el papel), afirmando que dichos mensajes electrónicos no son más que una expresión mínima de lo que en su día fueron las misivas. De una u otra manera, la carta aún existe, y seguramente seguirá existiendo, pues no es la primera vez que le sale un competidor supuestamente invencible.



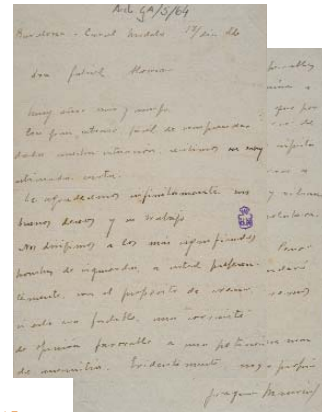


[20] Carta de Pablo Iglesias a los compañeros Samper y Andreu
Madrid, 8 de junio de 1913
[Manuscrito]

Mss/23104/56/62

[21] Carta de Joaquín Maurín a Gabriel Alomar a favor de la amnistía
Cárcel Modelo de Barcelona, 17 diciembre de 1926
[Manuscrito]

Arch. GA/5/64

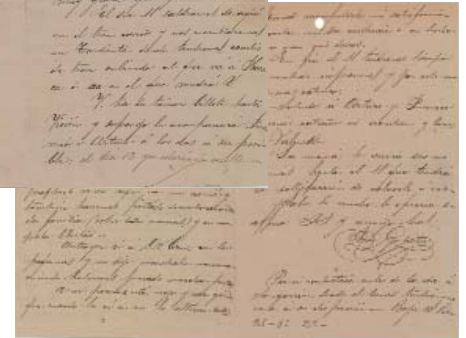


[20]

[21]

[22] Carta de José Galisteo Sotos, maestro nacional, a don Juan Guitart
Barcelona, 6 de octubre de 1900
[Manuscrito]

Eph. 923 (1)



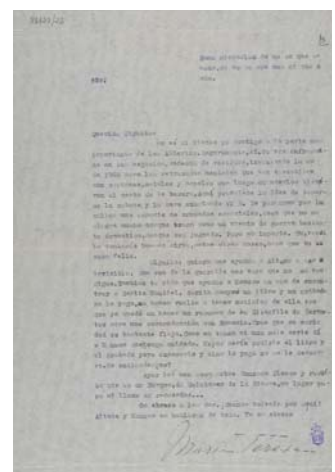
[22]

[23] Carta de Rosa Alomar a su padre Gabriel Alomar
Palma de Mallorca, 22 de septiembre de 1931
Al dorso postdata de Margarita y Miguel

Arch. GA/1/24 (1)

[24] Cartas y tarjetas postales de María Teresa León a Olga Moliterno
1965-1970
[Manuscrito]

Mss/23120/23, Carta n°3



[23]

[24]



[25] Tarjetas postales Guerra Civil
 Carta-sobre ilustrado del bando nacional
 1937

17/TP/873

Tarjeta postal con la efigie de Franco dirigida a Francisco Turell, Batallón de Trabajadores nº 153, 2ª compañía
 1939

17/TP/860/20

Tarjeta postal con la efigie de Franco dirigida a Paquita Taboada, madrina de guerra
 1937

17/TP/861/1

Tarjeta postal mecanografiada dirigida a Juan Miranda
 1939

17/TP/867/1

Tarjeta postal con la efigie de Franco escrita desde el Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra de Aranda de Duero
 1937

17/TP/861/23



[25]

[26] Cartas de felicitación de Alfonso XII, siendo niño, a varios familiares
 1865-1868

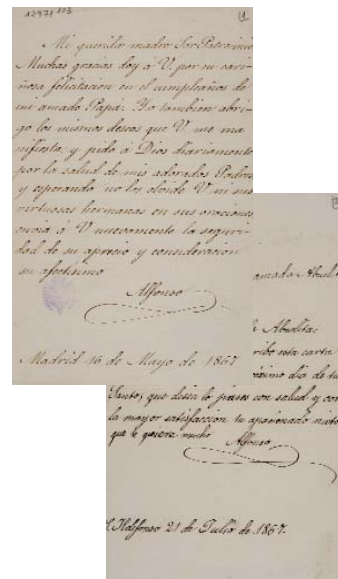
[Manuscrito]

Mss/12971/103, Cartas 1 y 2

[27] Querido Señor Rey...
 (cartas al Rey de los niños españoles)

Ignacio Carrión
 Madrid: Ediciones 99, 1976
 [Texto impreso]

7/102744

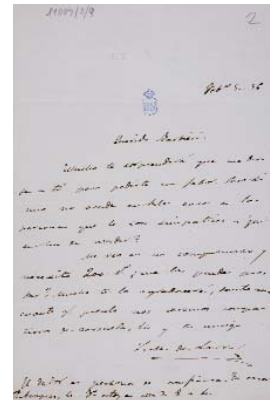


[26]

[27]



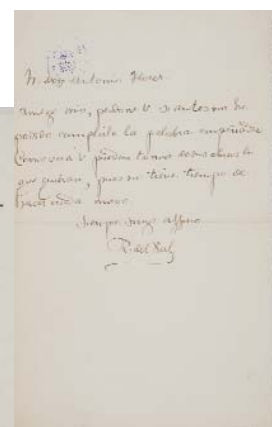
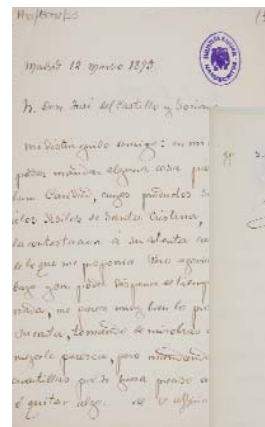
[28] Tarjeta comercial: Carta de Reyes del Gran Bazar Colón
 [Tarjetas y prospectos de productos y establecimientos comerciales. Miscelánea]
 1860-1930
 [Material gráfico]
 Eph. 29 (28)



[28]

[29]

[30] Carta de Emilio Castelar a José del Castillo y Soriano, referida a su colaboración en el álbum «Caridad»
 Madrid, 12 de marzo de 1895
 [Manuscrito]
 Mss/19092/53



[30]

[31] Cartero de pared [c. 1930]
 Eph. 39 (2)



[31]



LA TARJETA POSTAL

ED tanto que las tarjetas de visita fueron usadas por las élites desde el siglo XVIII para felicitar las Pascuas, anunciar encuentros o establecer contactos, la postal propiamente dicha surge en la segunda mitad del Ochocientos al hilo de una serie de cambios que establecieron las bases de la democratización contemporánea de la correspondencia. Su nacimiento se atribuye a Heinrich von Stephan, director general de Correos del Imperio alemán, quien propuso utilizarla en 1865. El 2 de julio de 1869 Emanuel Herrmann publicó un artículo de prensa donde se refería a ella como el «nuevo medio de comunicación postal». Este texto interesó especialmente al director de Correos y Telégrafos de Viena, el barón Adolf Maly, quien en octubre del mismo año promovió su circulación.

Unos meses más tarde, ya en 1870, la tarjeta postal se adoptó en el Norte de Alemania y al año siguiente en el Sur, con amplio uso en la guerra franco-prusiana, así como en Luxemburgo, Gran Bretaña, Suiza, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Holanda, Noruega y Suecia. En 1872 llegó al Imperio ruso y a partir de 1873 circuló en Francia, Italia, Rumanía, Serbia, Estados Unidos y España. Aquí, un par de años antes, el ministro de la Gobernación, Práxedes Mateo Sagasta, había autorizado la fabricación de «unas tarjetas postales que podrán circular por la mitad del precio señalado a las cartas», aunque no se permitió su distribución hasta el Decreto de tarifas del correo de 1872 y, de hecho, la primera postal de carácter oficial no circuló hasta diciembre de 1873. Entonces eran verdaderamente sencillas: en la parte superior llevaban impreso el texto «República española» o «Tarjeta postal», según tocara, y la advertencia: «Lo que debe escribirse se hará en el reverso e irá firmado por el remitente».

Espacio de recuerdos y saludos en el caso de un viaje o alguna celebración o fecha señalada, la tarjeta postal fue también desde sus orígenes un excelente soporte comercial y publicitario, todavía más tras la aparición en 1892 de su versión ilustrada, objeto de un temprano coleccionismo burgués. Con ella incluso se hizo más conveniente la distinción entre el anverso, destinado a la imagen o el dibujo, y el reverso, reservado al franqueo y a la dirección. Más adelante, en 1905, la Unión Postal Universal formalizó la división de la parte posterior en dos secciones: una para el texto y otra para las señas, que es como la seguimos empleando hoy.

En tan sólo unas décadas la tarjeta postal se había convertido en un medio de comunicación ampliamente extendido, hasta el punto de que en 1884 el

Diccionario de la Lengua incorporó la palabra «tarjeteo» como «uso frecuente de tarjetas para cumplimentarse recíprocamente las personas». Si bien en esos momentos el volumen del correo español era sensiblemente menor al de otros países europeos, entre 1910 y 1920 registró ya la cifra nada desdeñable de 133 millones de tarjetas postales. Es lógico, por ello, que esta década y la siguiente hayan merecido el título de la «edad de oro de la postal», propiciado, sin duda, por el progresivo abaratamiento de los costes, la introducción de la fotografía y la impresión mediante fototipia.

En esos años tuvo lugar también la guerra de Marruecos, con la que se abrió un nuevo frente para la tarjeta postal, lo mismo que ocurrió en otras latitudes con la Primera Guerra Mundial. En abril de 1921, poco antes del desastre de Annual, se aprobó un Decreto por el que se creaba la tarjeta postal franca para los «individuos y las clases de tropa del Ejército de África, sin otra limitación que la de llevar estampado el sello de la unidad a que pertenezca el remitente», a pesar de que su circulación estuvo limitada por el coste que acarrearía al Estado. Rescatada en 1927 para las comunicaciones de los militares entre Marruecos y España, en ella está el germen de la «tarjeta postal de campaña», ampliamente utilizada en la Guerra Civil. Emitida por partidos, sindicatos y otras asociaciones políticas y asistenciales, amén de vínculo escrito entre los soldados y sus familias, fue un importante vehículo de propaganda, reproduciendo consignas similares a las que podían leerse coetáneamente en numerosos carteles, folletos y hojas volantes: llamamientos a las armas o a la revolución, apoyo a las tropas, ridiculización del enemigo, exaltación de la patria, justificación de la guerra, apelaciones a la unidad, defensa de la libertad o peticiones de ayuda en la retaguardia.

Acabada la guerra, las postales fueron uno de los escasos y a veces únicos hilos de esperanza a los que pudieron agarrarse los presos y presas del franquismo para mantenerse en contacto con familiares, amigos y camaradas del exterior, por supuesto previa censura y reduciéndose la escritura a unos cuantos renglones. Tras una cierta decadencia en los años más recios de la Dictadura, la postal despertó de su letargo aprovechando los resquicios que se abrieron con el desarrollismo de los años 60, como sutura de la distancia levantada por la emigración o como lazo de las experiencias vividas al calor del creciente turismo. Producto burgués al principio, pronto se hizo popular y se extendió a



todas las clases sociales. Y así hasta llegar a estas primeras décadas del siglo XXI, cuando las tarjetas postales se han convertido en una *rara avis*, confinadas al hábito resistente de un puñado de nostálgicos que no se contentan con enviarlas desde el ordenador.

Arrinconada, pues, por los más recientes formatos electrónicos en el mismo desván de la memoria donde reposan otros papeles, la tarjeta postal es actualmente moneda de cambio de coleccionistas. Algunos se interesan especialmente por el ramo de las ilustradas, sea porque en las imágenes se compendia la memoria gráfica de una determinada ciudad,

porque en ellas se sustancia un siglo largo de historia de la fotografía o por los diversos motivos representados en cada cartulina (personajes, monumentos, paisajes, fiestas, costumbres, etc.). Otros, en cambio, lo hacen por los textos, por esos fragmentos de vida apretados en tan escasas líneas. Los hay, en fin, especializados más en las postales de guerra o en aquéllas de marcado contenido político o propagandístico. Todos, en cualquier caso, han contribuido a la preservación y al estudio de muchos de estos productos efímeros, que de otro modo estarían abocados a desaparecer.

[32] Postal de felicitación

[1907-1930]

17/TP/723

[33] Postal republicana dirigida a Fernando Barrientos

1937

17/TP/803/3



[32]



[33]

[34] Álbum de postales de Felipe Sánchez Calvo, periodista y escritor

[1885-1921]

17/TP/712

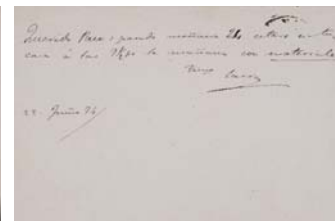


[34]

[35] Postal Luis Mariano de Larra

1874

Mss.14009/2/9



[35]

El sobre, el sello, el papel de carta y la tarjeta postal fueron los productos más representativos de la nueva era de la comunicación epistolar que se abrió a mediados del siglo XIX y se extendió a lo largo del XX. Los avances técnicos llegaron también a la imprenta, y ésta puso a disposición de todo tipo de gente una variada gama de papeles y soportes epistolares, en muchos casos litografiados en colores: papeles enlutados y timbrados, rayados y cuadrículados, blancos y de colores, sencillos y decorados, felicitaciones y tarjetas de visita. Usados inicialmente por la burguesía, pronto llegaron también a las clases populares. Esta difusión social de la correspondencia escrita se plasmó igualmente en los motivos que sirvieron para ilustrar el floreciente comercio de postales y de cromos, donde no faltaron ni las representaciones de personas escribiendo cartas ni los dibujos alusivos a la historia del Correo, como fue el caso de la serie de cromos *La poste*.

- [36-39] Felicitaciones
1880-1930
Eph. 2 (90, 98), Eph. 1 (5) y Eph. 974 (21)
- [40] Papel de carta
1900-1930
Eph. 19 (E 15)
- [41] Serie de cromos «La poste»
1900-1910
Eph. 258 (7, 9)
- [42] Tarjeta postal: mujer escribiendo
1900-1910
Eph. 619 (3)
- [43] Postal
Ontaneda, 2 de agosto de 1902
Eph. 630 (3)



[36]



[37]



[38]



[39]



[40]



[41]



[42]



[43]



DESDE el *Túpoi Epistolikoí*, uno de los primeros manuales epistolares conocidos, atribuido al Pseudo-Demetrio, o el recientemente descubierto *Modi dictaminum*, obra de un clérigo de Verona de nombre Guido, compuesto en el siglo XII y considerado hoy como el manual de cartas de amor más antiguo del mundo, pasando por tratados tan exitosos en la España moderna como los de Gaspar de Tejada, Juan de Icíar o Antonio de Torquemada, todos ellos de mediados del siglo XVI, hasta los actualísimos *Cómo escribir un mail. Guía de uso del correo electrónico*, de Eugenio Siccardi, que cualquiera puede descargarse gratuitamente de la Red, o el *Manual de estilo del correo electrónico*, de David Shipley y Will Schwalbe, por poner sólo algún ejemplo de los muchos que podrían referirse; todos los manuales, tratados o guías para escribir bien las cartas, independientemente de la época en la que fueran producidos, de los autores y autoras que los escribieran y de los destinatarios a los que se dirigieran, han respondido a unos mismos objetivos: regular el uso de la escritura de cartas y difundir, a través de dichas normas, una determinada política de este género, cuyo fin no es otro que tratar de ordenar las prácticas y las relaciones sociales.

La intensidad que alcanzó la escritura epistolar en la Edad Moderna hizo que se multiplicaran los manuales destinados a enseñar cómo se debía redactar correctamente una carta. Así, desde mediados del siglo XVI se desarrolla en toda Europa una didáctica epistolar en lengua vernácula, en contraste con la tradición epistolar renacentista, que alcanzó su máximo exponente en el *De conscribendis epistolis* de Erasmo de Rotterdam. Frente a los tratados latinos, los nuevos manuales en vulgar buscaban acomodo entre un público mucho más amplio que el de los restringidos círculos humanistas, tratando de satisfacer el interés de aquellos para quienes el conocimiento de la escritura se había convertido en una necesidad social y profesional. Si algo caracteriza a la tratadística epistolar moderna es su acusado pragmatismo, prescindiendo de las densas reflexiones teóricas tan frecuentes en época medieval y limitándose a ofrecer un repertorio de ejemplos de misivas lo más variado posible: cartas de recomendación, de petición y agradecimiento de favores, de pésame o consuelo, de felicitación y parabienes, incluso cartas de amor, que podían ser copiadas sin mayor esfuerzo o adaptadas a las exigencias particulares.

En la Península, fue la temprana obra de Thomàs de Perpenyà, *Art y stil per a scriure a totes persones de qualsevol estat que sien*, la que a comienzos del siglo XVI inauguró el género de la preceptiva epistolar en vulgar, debiendo esperar aún unos 40 años para que se

compusieran los primeros tratados en castellano, que nacieron de la pluma de Gaspar de Tejada y de Juan de Icíar. Después de éstos, año tras año las imprentas fueron sacando a la luz un manual, ya fuera una novedad editorial o reimpressiones de algunos de los preexistentes. Y ya en la centuria siguiente, surgió una nueva tendencia en la literatura epistolográfica moderna: los denominados «manuales de secretario», en los que se pretendía reivindicar un oficio tan antiguo como la propia carta y que había pasado a ser pieza indispensable de una sociedad que había confiado su destino a la palabra escrita y a las inmensas posibilidades comunicativas de la correspondencia.

Pero la preceptiva epistolar no se limitó únicamente al universo de lo impreso, pues fueron muchos los secretarios que confeccionaron formularios manuscritos, reuniendo en ellos cartas de personajes conocidos que circulaban en la época, junto a listados con los tratamientos y cortesías más habituales.

Es difícil precisar a quiénes estuvieron destinadas estas obras. Tanto la condición de sus autores, como la de los imaginarios remitentes y destinatarios de los modelos de cartas que proporcionaban en sus páginas remiten a un ambiente cortesano. Nobles, funcionarios, miembros del clero y algunas damas debieron servirse de ellos para adecuar su correspondencia a las convenciones de la época; pues, como afirmaba Antonio de Guevara en sus *Epístolas familiares*, al perfecto cortesano se le podía conocer en tres cosas: «en refrenar la ira, en gobernar su casa y en escribir una carta».

El público tradicional de los manuales de correspondencia, que en la Modernidad había estado conformado en su gran mayoría por profesionales de las letras, se transformó considerablemente con la llegada de la contemporaneidad, pues la carta se convirtió en los siglos XIX y XX en el medio de comunicación más extendido, incluso entre los nuevos alfabetizados que, procedentes de los sectores más humildes de la sociedad, empezaban su andadura en el mundo de la cultura escrita. Los manuales y tratados epistolares abandonaron las bibliotecas de los cortesanos y las mesas de los secretarios y burgueses, y salieron a la calle, convirtiéndose en productos al alcance de cualquier bolsillo en quioscos y puestos ambulantes y ofreciéndose hasta de forma gratuita en numerosas bibliotecas públicas y populares del momento. Precisamente fue a los lectores que acudían a éstas, en su mayoría pertenecientes a los sectores populares, a quienes iban dirigidos muchos de estos libros.

Todos escribían ahora cartas, de ahí que este cambio de contexto y de público trajera consigo importantes



modificaciones en los manuales epistolares, pues para adaptarse a los nuevos tiempos éstos tuvieron que alterar tanto su forma como su fondo.

Las transformaciones materiales han de ligarse a algunas de las características más definitorias de la industria editorial del momento, cuya consecuencia principal fue el triunfo del libro popular, que convirtió definitivamente la lectura en la forma más barata de ocio: grandes tiradas (20.000 ejemplares de media entre 1927 y 1945), reducción del tamaño (generalmente ediciones en rústica) e importante descenso de los precios (entre los 30 céntimos y las 12 pesetas) fueron los tres factores esenciales que convirtieron estas obras en productos de consumo masivo.

Los manuales epistolares, como las novelas o los libros prácticos y divulgativos, se popularizaron, y la demanda del nuevo público implicó la necesidad de transformar los contenidos de los mismos. Aunque siguieron ofreciendo a sus lectores (y ahora también a sus lectoras) lo mismo que les habían ofrecido desde hacía siglos, una serie de normas para escribir cartas correctamente, los modelos ofrecidos en sus páginas tuvieron que adaptarse a los nuevos tiempos, pues las convenciones sociales de los siglos precedentes habían cambiado.

Frente a los títulos de carácter general (válidos para todos y para cualquier momento), cobraron ahora auge otros más específicos, en las que el género (para hombres o para mujeres), la edad (para niños o para adultos) y las circunstancias temporales y personales se convirtieron en las claves esenciales de apropiación e interpretación de estos productos: manuales epistolares para soldados en tiempos de guerra, de correspondencia comercial para quienes iniciaban su andadura en el mundo de los negocios, de

cartas de felicitación para cumplir con las obligaciones sociales y familiares o de cartas de amor para iniciar el cortejo y conseguir el respeto y admiración de la persona amada, son tan sólo algunos de los muchos títulos especializados que surgieron como respuesta a una demanda cada vez más compleja y diversificada.

Todas estas transformaciones que sufrieron los manuales epistolares se dejaron notar e influyeron igualmente en las modalidades de lectura. Los intereses principales de los lectores contemporáneos de este tipo de obras fueron, sin duda, entretenerse e instruirse. La instrucción residía en el carácter normativo de estos libros, en los consejos sobre cómo escribir o cómo comportarse por escrito, además de en los ejercicios de ortografía, vocabulario o gramática que muchos contenían en sus páginas finales. El entretenimiento se asociaba, sin embargo, a una serie de elementos que, a modo generalmente de anexos, ofrecían a sus lectores con tales objetivos, como selecciones de cartas de personajes conocidos, frases célebres, poemas, canciones o pasatiempos. Junto a ello, para entender la posible lectura recreativa de los manuales de correspondencia, y más allá de la evidencia, no debe olvidarse tampoco el éxito alcanzado por las novelas epistolares en el siglo XVIII, algo que llevó a muchos lectores a contemplar los modelos contenidos en estas guías como relatos de ficción, en los que las cartas cruzadas entre los inventados o no tan inventados autores y destinatarios cautivaban sus sentidos y les permitían evadirse y recrearse en interminables historias de amor y desamor, de éxitos y decepciones, de pérdidas y de reencuentros, de mentiras y de verdades, de descubrimientos fascinantes o de secretos inconfesables.

- [44] *Art y stil per a scriure a totes persones de qualsseuol estat que sien, y diuerses maneres de comptes abreuviats molt necessaris per a totes persones*

Thomàs de Perpenyà

[Valencia : Cristobal Cofman, c. 1511]

[Texto impreso]

R/464

- [45] *Estilo de escreuir cartas mensageras cortesaneamente a diversos fines y conceptos con los títulos y cortesías que se usan*

Gaspar de Tejada

Valladolid : Sebastian Martínez, 1549

[Texto impreso]

R/12722



[44]



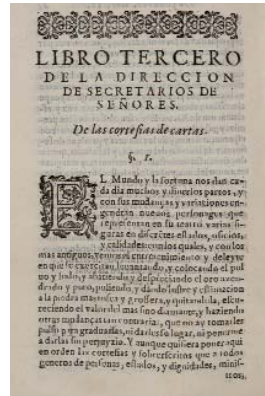
[45]



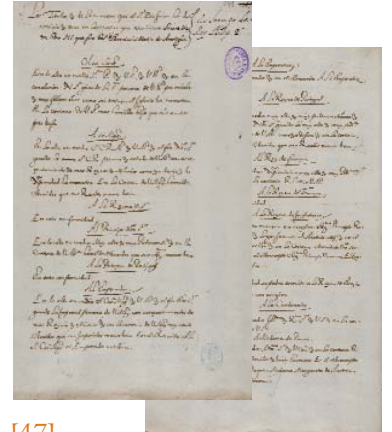
[46] *Dirección de secretarios de señores, y las materia, cuydados, y obligaciones que les tocan*

Gabriel Pérez del Barrio Angulo, secretario del Marqués de los Vélez
Madrid : Alonso Martín de Balboa, 1613
[Texto impreso]

R/6900



[46]



[47]

[47] *Los títulos y de la manera que el señor don Juan de Austria ha de escribir y usar en las cartas que escribiere*

S. XVII
[Manuscrito]

Mss/11137

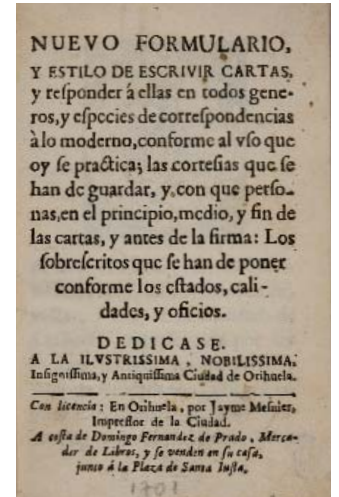
[48] *Formulario para cartas de correspondencia en todo género de materias : formado sobre las que escribieron los principales señores ministros y generales del ejército*

S. XVII
[Manuscrito]

Mss/12174



[48]



[49]

[49] *Nuevo formulario y estilo de escribir cartas y responder a ellas en todos géneros, y especies de correspondencias a lo moderno...*

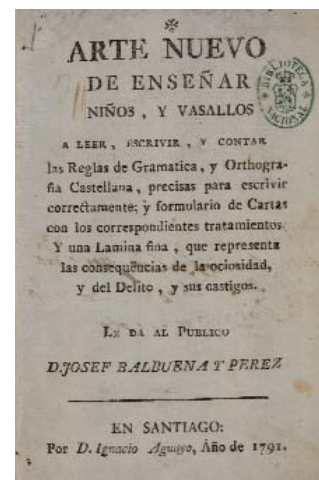
Orihuela : Jaime Mesnier, [1701?]
[Texto impreso]

R/39088

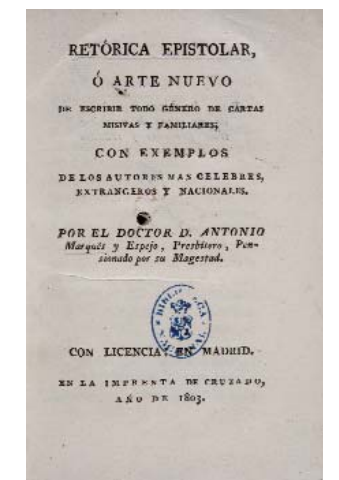
[50] *Arte nuevo de enseñar niños, y vasallos a leer, escribir, y contar las reglas de gramática, y orthografía castellana... y formulario de cartas...*

José Balbuena y Pérez
Santiago : Ignacio Aguayo, 1791
[Texto impreso]

2/4353



[50]



[51]

[51] *Retórica epistolar, o Arte nuevo de escribir todo género de cartas misivas y familiares*

Antonio Marqués y Espejo
Madrid : Imprenta de Cruzado, 1803
[Texto impreso]

1/9116

- [52] *Guía del artesano : obra que contiene toda clase de documentos y 220 caracteres de letras, para facilitar la lectura de manuscritos*

Esteban Paluzié y Cantalozella

Barcelona : [s.n.], 1858

[Texto impreso]

1/16736

- [53] *Estilo general de cartas... o sea El secretario universal : aumentado con el lenguaje de las flores*

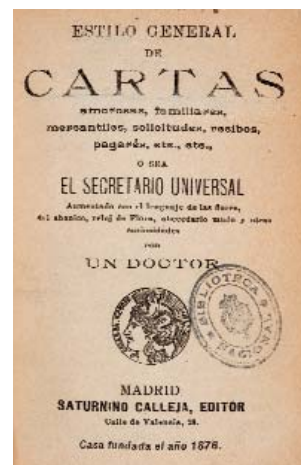
Madrid : Saturnino Calleja, [1876 y 1915]

[Texto impreso]

6/8588<8>



[52]



[53]

- [54] *Alma de niño : cartas de Carlitos*

Arturo Cuyás Armengol, ilustrado

con dibujos del mismo

Madrid : Juan Pueyo, 1918

[Texto impreso]

1/75875

- [55] *Cartas de niñas : manuscrito escolar*

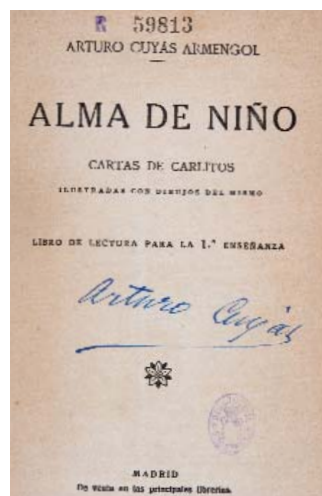
Federico Torres

Madrid : Editorial Magisterio Escolar Español,

[s.a.]

[Texto impreso]

7/26159



[54]



[55]

- [56] *Cómo deben escribir sus cartas los hombres*

Harmency [seud.]

Agustín Chasseur Millares

Barcelona : B. Bauzá, 1929

[Texto impreso]

4/4092

- [57] *Cómo debe escribir sus cartas la mujer*

Harmency [seud.]

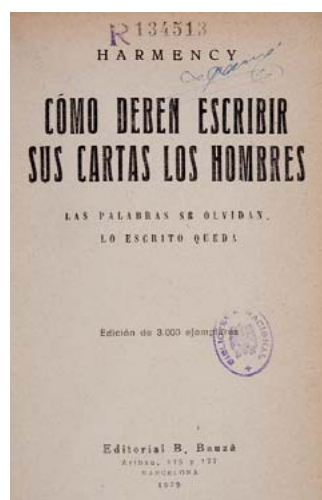
Agustín Chasseur Millares

Barcelona : [s.n., s.a.]

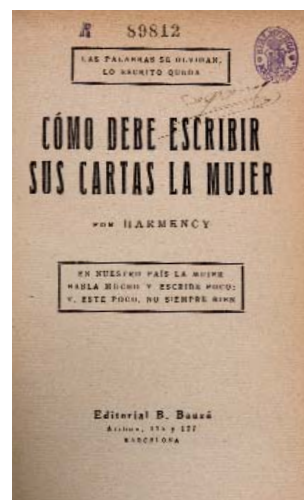
([Talleres Gráficos B. Bauzá], 1929)

[Texto impreso]

2/80388



[56]



[57]





[58] *El perfecto manual del soldado*
(Modelos para escribir cartas)

Cádiz: Ediciones Patrióticas, [¿1944?]
[Texto impreso]

VC/2470/54

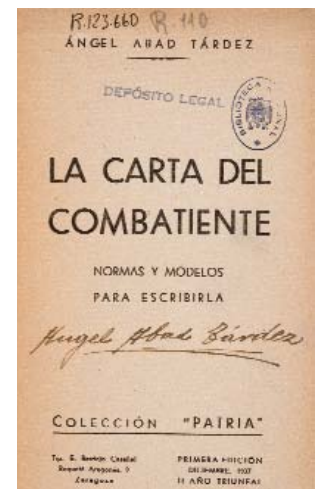
[59] *La carta del combatiente :*
normas y modelos para escribirla

Ángel Abad Tárdez
Zaragoza : [s.n.], 1937 (Tip. E. Berdejo Casañal)
[Texto impreso]

7/2881



[58]



[59]

[60] *Modelos de cartas para solicitar madrina de guerra y*
modelos de cartas de amor

Cádiz : Ediciones Patrióticas, [s.a.]
(Imp. Valverde)
[Texto impreso]

VC/2724/11

[61] *El Consultor de los enamorados :*
Manual completo de cartas de amor,
con el lenguaje de las flores, colores,
frutas, emblema del abanico...

[S.l.] : Casa editora «La nueva principal», 1880
(Habana : Imp. Muralla, 44)
[Texto impreso]

2/34169



[60]

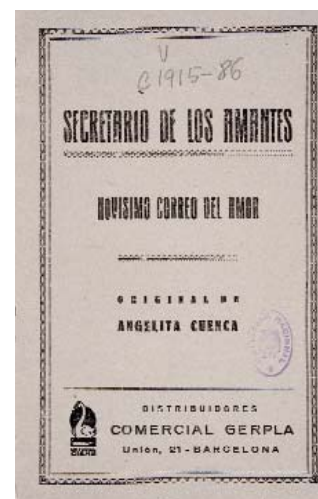


[61]

[62] *Secretario de los amantes :*
Novísimo correo del amor

Angelita Cuenca
Barcelona : Edit. Cisne, [s.a. (Imp. Pulcra)]
[Texto impreso]

VC/1915/86



[62]



ACTIVIDADES



CICLO DE CONFERENCIAS

Cinco siglos escribiendo cartas

Salón de actos del Museo de la BNE.
Entrada libre – Aforo limitado

MIÉRCOLES, 28 DE MARZO, A LAS 18:30 H.
La correspondencia de la cancellería de la Corona de Aragón (s. XIV)

A cargo de *Francisco M. Gimeno Blay*,
Universitat de València

MIÉRCOLES, 18 DE ABRIL, A LAS 18.30 H.
Conversaciones ausentes. Las prácticas epistolares en la sociedad hispana de la Edad Moderna

A cargo de *Antonio Castillo Gómez*,
Universidad de Alcalá

MIÉRCOLES, 9 DE MAYO, A LAS 18.30 H.
La tarjeta postal y las escrituras interpersonales: un fenómeno de la sociedad de masas

A cargo de *Bernardo Riego Amezaga*,
Universidad de Cantabria

MIÉRCOLES, 23 DE MAYO, A LAS 18.30 H.
«Adiós, hasta la eternidad». Las últimas cartas de los condenados a muerte en la guerra y posguerra españolas

A cargo de *Verónica Sierra Blas*,
Universidad de Alcalá

MIÉRCOLES, 13 DE JUNIO, A LAS 18.30 H.
Nostalgia de la tierra: cartas desde el «exilio» en la Colección de Archivos Personales de la Biblioteca Nacional de España

A cargo de *María José Rucio Zamorano*,
Biblioteca Nacional de España

Servicio del Museo de la BNE

COMISARIO:

Antonio Castillo Gómez

TEXTOS:

Antonio Castillo Gómez, Carmen Serrano Sánchez y Verónica Sierra Blas (Universidad de Alcalá; SIECE; Grupo LEA; RedAIEP)

Laboratorio de Restauración BNE

Laboratorio de Encuadernación BNE

Laboratorio de Fotografía y Digitalización BNE

AGRADECIMIENTOS:

Guadalupe Adámez Castro, Carmen Serrano Sánchez y Verónica Sierra Blas

La publicación de este catálogo ha sido financiada, parcialmente, con fondos del proyecto de investigación HAR2011-25944 [«Cultura escrita y memoria popular: tipologías, funciones y políticas de conservación (siglos XVI a XX)»], concedido por el Ministerio de Economía y Competitividad.

CICLO DE CINE

Luces, cámara, acción... La carta entra en escena

Salón de actos del Museo de la BNE.

Entrada libre – Aforo limitado

Ciclo de cine sobre tramas argumentales tejidas en torno a relaciones epistolares:

VIERNES, 13 DE ABRIL, A LAS 18:30 H.

Presentación inaugural de Antonio Castillo Gómez
El bazar de las sorpresas (1940)
de ERNST LUBITSCH

VIERNES, 27 DE ABRIL, A LAS 18:30 H.

Carta de una desconocida (1948)
de MAX OPHÜLS

VIERNES, 4 DE MAYO, A LAS 18:30 H.

Las amistades peligrosas (1988)
de STEPHEN FREARS

VIERNES, 11 DE MAYO, A LAS 18:30 H.

El cartero (y Pablo Neruda) (1994)
de MICHAEL RADFORD

VIERNES, 1 DE JUNIO, A LAS 18:30 H.

Carta de amor (The Love Letter) (1999)
de PETER CHAN

VIERNES, 8 DE JUNIO, A LAS 18:30 H.

La carta (The letter) (1940)
de WILLIAM WYLER

VIERNES, 15 DE JUNIO, A LAS 18:30 H.

Carta a tres esposas (A Letter to three wives) (1949)
de JOSEPH L. MANKIEWICZ



MUSEO

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Paseo de Recoletos 20

28001 MADRID

TELÉFONOS:

91 580 78 00 (Centralita)

91 580 78 03 / 48 (Información)

91 580 77 59 (Museo)

info@bne.es

museo@bne.es

www.bne.es

Transportes

METRO: línea 4, estaciones de Colón y Serrano

AUTOBUSES: 1, 5, 9, 14, 19, 21, 27,

37, 45, 51, 53, 74, 150

RENFE: estación de Recoletos

Horario exposición

Martes a sábados de 10:00 a 21:00 h.

Domingos y festivos de 10:00 a 14:00 h.

Último pase 30 minutos antes del cierre

Entrada gratuita



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE ECONOMÍA Y COMPETITIVIDAD



GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

